

RAMIRO JÁCOME O LA HONESTIDAD CREADORA

Marco Antonio Rodríguez

Enjuto, esquivo, silencioso (recordaba a esos magros pero invencibles luchadores chinos); taciturno y obstinado zapador de sueños y utopías, del magma de su ser se desprendían su pasión, sus saberes, sus delirios sus búsquedas sin reposo de la verdad del arte, en la vida, en la historia. La personalidad de Ramiro Jácome pervivirá siempre así: pujante, irreverente, encarnado a uno de los más significativos pintores de los tres últimos decenios, de aquí y de América. (¿Cerca de cinco mil obras suyas –cantidad y calidad- son suficientes para apoyar mi aserto...?) Pero más aún, nunca pidió nada a nadie, solo a su arte. Jamás cedió a los requerimientos de una sociedad donde predomina el hombre-cosa y apuesta por su asincronía histórica (retraso desfase). Nos petrificamos en los años treinta, seguimos –a lo sumo- aproximándonos a la literatura y a la plástica de esa generación.

Uno de los criterios de homogeneización de la población nacional ecuatoriana que más arraigo ha tenido es aquella que surgió en los años setenta mediante el 'idealizado' mestizaje, fortalecido con las dictaduras llamadas 'nacionalistas' que festinaron la porosa bonanza económica del auge petrolero. En esta década irrumpió la propuesta visual del maestro Ramiro Jácome, una de las más violentas, implacables y peculiares de su generación en nuestro continente; retórica feista –ironía lúcida y profunda- que arremete e involucra al espectador, traumatizándolo a ratos. Su crítica acerba se alinea en contra de un sistema en el cual a los que lo tienen todo, la famosa carencia de porvenir histórico no afecta –curiosamente- su elevado nivel de ingresos; enfrenta los dominios de quienes detentan el poder en su abundancia de manifestaciones. Jácome fue un invicto desbaratador de mitos. Nuestros iconos y 'verdades', lo que guardamos como sagrado e invulnerable, excrecencias históricas, deidades religiosas, morales y éticas, cayeron demolidos gracias a la galería de memorables esperpentos creados por el artista. Un ácido letal fluye por sus cuadros.

Jácome solía evocar a su padre telegrafista, hombre austero proclive a la exaltación religiosa; a su madre guayaquileña de ancestro chino, muy católica también; a su tío paterno, canónigo. (¿De allí provino su radical posición en contra de todo 'conservadurismo', su calidad agnóstica cuando no atea, aunque profundamente saturada de humanidad, quién sabe...?). El facilismo jamás lo tentó, tampoco esa palabra de salón 'fama'. Jácome fue uno de esos artistas

conscientes de que la verdad en la creación es la búsqueda incesante y que su signo es asumir esa fatalidad que también es su refugio y rescate.

Cómplice y juez de esta postura ante el arte, en 1969 rompió con los mandamientos de la cultura 'oficial' integrando el grupo de los Cuatro Mosqueteros. Su manifiesto era subversivo y libertario. No al monopolio de la creación artística, a los cónclaves consagradores, al mercantilismo, a los concursos insuficientes para cuantificar el valor intrínseco del arte. Sí a la vida fecunda, gozosa y doliente, al hombre escindido entre el bien y el mal.

Fue Pepe Unda el pintor que lo condujo a otra clave de las artes visuales. Antena de Viteri, Viola, Benedetto, Unda hurgaba en el abstraccionismo. Partió entonces Jácome del abstracto y en su raíz inquirió la figura preñada de ideología. Todo producto ideológico —y la obra de Jácome lo es desde donde se la mire— posee una significación: representa, reproduce, sustituye algo que se encuentra fuera de él, esto es, aparece como signo....(). Y la obra de este artista es un formidable acervo de signos. El hombre eclipsado entre los bienes materiales fue asediado, ironizado, masacrado por Jácome. Entre los primeros cuadros —en aquellos en los cuales emerge el pintor con su intransferible poética adensada de filosofía— hay uno donde reptan las vísceras del hombre, refundido entre patas de muebles, espaldares de sillas, trozos de decorados, virutas de lujo.

En la obra de Ramiro Jácome existe, siempre evidente y cáustico, un sesgo humorístico, junto con una aspecto inquisitivo sobre nuestra realidad social anclada en su desafortunado 'sentimiento de minusvalía' (admirar y apropiarse de lo extranjero). La obra de Jácome no miente ni finge, es una especie de épica alucinada y extraña sobre una comarca congelada en el tiempo, y donde el histrionismo del poder político, la alienación cultural, las fruslerías sociales, los soponcios patrioterros, la explotación y la injusticia, son el pan de cada día. En otro país, la muerte de un artista de su dimensión habría copado las primeras páginas. Aquí, todo hace noticia, menos nuestros grandes valores que labran la buena historia. No importa, su legado artístico estará siempre allí como un monumento postulatorio, terrible y combativo.

